

Lo de todos los días

Sabás Huesca

Contempló al hombre con el antojo del niño que saborea el pastel por adelantado, festejando que fuera todo él para ella sola. De tanto escucharlos, hasta parecía ya disfrutar sus insultos, salidos de una boca espumante, el miedo restallándole en los ojos de poseído; Margarita en cambio, apacible, encaraba su mirada por primera vez en cuarenta años, sonrisa suave de abuela en el rostro enfiestado de pronto.

Lo meció un poco. Antonio siempre se había quejado de que cualquier movimiento, en estas condiciones, le ponía el mundo a girar, obligado a plantar una pierna en tierra (¿acaso no sentía ella cómo todo se sumergía en el remolino, y a fuerza de dar vueltas se iba adelgazando, hasta escapar por el aire?). Pero ahora no le quedaba más que gritar, un arroyo de baba escurriéndole por la quijada, mientras los murciélagos, los cocuyos gigantes de la embriaguez interrumpida le danzaban en torno. "Ya viene lo de siempre", pensaron en alguna casa cercana. "Se había tardado", completaron en la de junto.

¿Cuándo lo decidió? Ella misma no sabía. Quizá se le fue gestando poco a poco, en todos aquellos años de morir sin morir, con el ay en la boca y el pecho como liebre correteada, mientras trenzaba la paja de los sombreros, la hilaza de las redes, el bejuco de las canastas que luego él entregaría en la Tienda Grande. O fue una revelación que le vino de golpe, al verlo padecer cualquier noche de domingo, pero la había mantenido hasta hoy acechante, agazapada entre los pliegues de la conciencia.

En paz con él, ni siquiera el primer año. "Hombre de mucho bigote no garantiza", le había dicho su madre. ¿La pared hizo caso? Tampoco Margarita. Aunque tenía que haberlo calado desde antes, cuando no acudió a noviar algunas tardes de asueto, malo por la resaca mañanera. Pero no. Al contrario, se capeó ella sola, y luego tuvo muchos años para decirse que el amor es mal pretexto para intentar que otro cambie sus manías. Noche de bodas con un beodo inconsciente, endosado toda la noche el camisón blanco casi translúcido, sien-sobre-mano-sobre-codo-sobre-almohada, lo estudiaba con los ojos chapotéandole en lloros desencantados: notó por primera vez que sí, tenía muy largos y tupidos los bigotes, como crines de matalón lechero.

En días de trabajo llegaba tarde, no muy noche, los pies de trapo y enrevesada la lengua; ella debía tener lista la cena. Sabía que jamás estaría satisfecho, y cualquiera podría ser una buena sinrazón para que el primer plato de comida —loza al principio, barro cocido después—, explotara sobre la pared de la cocina. De ahí, sálvese quien pueda, si la alcanzaba podía terminar peor. Como en los meses iniciales, cuando todavía no intentara protegerse: un brazo roto la maniató algún tiempo. Cierto que amainó la tormenta, pero ella jamás volvió a confiar. Y luego, tan pronto desentablillada, a lo mismo. El vecindario, las primeras noches, intentó defenderla. Ella creyó su deber pedirles que no intervinieran: hombre celoso y, aparte, armado.

Debilitado de más, se cansaba pronto de batir. Tiempos viejos, pueblo sureño como a medio habitar y adormilado siempre, todos subían a las hamacas apenas el sol bajaba la cuesta. En las madrugadas, sin yerro posible, la despertaba el aliento de aguardiente resabiado, boca brutal que le mordía las mejillas absorbiendo, sin buscarlas, dos gotas de rencor que ella no podía contener. Un mimo, una caricia, sólo la recibieron el perro y el caballo.

Seguro que por secreta maldición, ningún hijo vivo, a pesar de dos intentos. A la primera preñez él pareció suavizarse. Luego del malogro empeoró. Grávida una segunda ocasión, ¿de quién sería el hijo ése? Una golpiza más convirtió en ociosa la duda. En adelante, la bruja-partera dio el remedio con oportunidad, a contrapelo del marido.

Antonio nunca dejó de levantarse para ir a la plantación de cacao. Pozol a las cinco de la mañana; después, el tercer beso a la botella le quitaba el temblor



de la mano. Consumida media garrafa podía salir, no antes, vivo siempre moribundo, nervios erizados y cabeza dolorida como guayaba reventada.

Días festivos y de guardar, peor. Más tiempo libre, borrachera más pronta: los alaridos de ambos empezaban con el sol todavía muy alto; nadie parecía ya escucharlos. Luego, él se trepaba en su chinchorro y dormía toda la tarde. Con la anochecida, el monstruo de la cruda con sus arañas en la pared, de todas las visiones la que más temía, se le arrojaba encima: sombras más negras no conoció, obligado a recomenzar. Si alguna vez, a la hora de mayor oscuridad, se acabara la caña ¿quién pagaba la carencia? Ranas y grillos acallaban los lamentos.

La familia de Margarita, apenas a dos pasos, jamás intervino: "hija casada, posesión dada"; aparte, él era el hombre, sabía lo que hacía, y ella se ayuntó por su santa voluntad, engaño sobre advertencia. La madre de él ¿qué podía decir? Algunas veces la visitaba —impedida ella de salir en ausencia de Antonio— y la acariñaba, sin un ruido, sin una palabra, mujer que sabía callar.

Con los años se fue la esperanza, y los dos se hicieron viejos sin darse cuenta. En aquella ocasión, fiesta de la Patrona del Pueblo, él tempraneó a la piquera, luego de estrujar a Margarita con la violencia de siempre, flor despedazada cada día por el ímpetu animal; ella no lloró. Pasó la mañana remendándole la hama-ca, reforzando los nudos, tapando pequeños huecos. Experta en el menester, la trama recién tejida —no fuera la de ella, con más años que hilos—, acabó pronto. De ahí a cocinar. Tanto tiempo silenciada, hasta se permitió seguir con un tartamudeo la música de la banda, que se arrastraba desde la plaza, el rumor del río sirviéndole de soporte. Regó macetas, barrió, lavó ropa. Aunque la desazón le bullía en el pecho, desbocada conforme pasaban las horas, no le concedió un sobresalto de más.

Al medio día él ya estaba embolado. Al servirle el bastimento lo provocó adrede para poder mantener vivo el encono, no fuera después a temblarle la mano. Recibió el castigo sin protestas, para sorpresa de él, que menos perdido habría columbrado algo irregular. Aburrido de tundir sin causar daño, finalmente se acostó. Ella tanteó que dormía y le quitó la pistola; enarboló de nuevo la enorme aguja costalera, que ahora tiraba de un largo cáñamo trenzado; juntó los dos extremos de la red y cosió, con el primor exquisito de la monja que borda el ornamento sagrado, con la precisión de la araña que amortaja a la mosca presa en su tela. Al final, él quedó acapullado, inmóvil y sin resquicio para escapar. Luego paciente como la eternidad, Margarita se acurrucó a esperar que Antonio durmiera, acunado por el rasguído de las chicharras.

Al despertar sintió que ella, apacible, lo medía con mirada golosa; abrió la boca, el tormento de la sed le

desesperaba la garganta; sufrió que lo meciera un poco, lo suficiente para provocar sus insultos; los vecinos concluyeron: "ya viene lo de siempre; se estaba tardando", y siguieron cada uno en lo suyo; él habría de urlar toda la noche.

No se podía mover: creyó que era una pesadilla más, producto de la abstinencia. Pero hoy no habían venido las arañas. Examinó entonces el rostro de su mujer, y le pareció el de una dulce viejecita a quien no hubiera visto nunca. Luego le miró la mano. En ella, la punta acerada, ya sin cordel, abría inmensa, infinitamente su ojo descomunal, único testigo de aquel ajuste de cuentas. *Am*

Zafra VIDEO

ELENI
Dir. Peter Yates

MAS ALLA DEL DESEO
Dir. Liliana Cavani

LA MUJER EN LLAMAS
Dir. Robert Van Ackeren

DESTRUCCION DE DOS VIDAS
(SID AND NANCY) Dir. Alex Cox

EL HUEVO DE LA SERPIENTE
Dir. Ingmar Bergman

Pídala en su VIDEO CLUB favorito

COYOACAN Tel. 554-58-44	CONDESA Tamaulipas No. 29-E.
COPILCO Av. Copilco No. 102-5	ROMA Tel. 584-67-70
TRANSVAL Transval No. 253-1	

Liberías: El Juglar, Monte Parnaso, El Sótano, Ghandi, Salvador Allende, Cineteca Nacional y El Agora